

ARTHUR NUÑEZ GARCIA

Las
mejores
páginas
de
WIMPI





LAS MEJORES PAGINAS
DE WIMPI

Sanchez

ARTHUR NUÑEZ GARCIA

LAS MEJORES
PAGINAS
DE WIMPI

Edición, prólogo y notas
de ALBERTO BLASI

LIBRERIA HUEMUL
BUENOS AIRES

Un humorista rioplatense: Arthur Núñez García

La línea que separa a la Literatura de las otras artes y oficios de la palabra, el confinamiento que solía acompañar a textos cuyo primer propósito no era la publicación en libro, se ha adelgazado y vuelto casi imperceptible. Scripts cinematográficos, reportajes, libretos radiales reciben hoy, si hay en ellos mérito, similar atención a la que desde muy atrás consiguieron diarios privados, memoriales y colecciones de cartas. Su lectura sistemática significó nuevas especializaciones de la disciplina filológica, con el siguiente crecimiento de teoría, practicantes, lenguaje técnico, órganos de difusión y sociedades eruditas.

En realidad, tal línea y confinamiento fueron más típicos de sedimentadas literaturas nacionales que de otras en formación. En lo que hace a las del Río de la Plata, si de su inventario quitásemos todo texto cuyo inicial propósito no fuese literario, las desnudaríamos de buena parte de su siglo diecinueve, y de no pequeña del presente. Prosa política o doctrinaria emitida a través de frágiles canales, oratoria de tribuna o de púlpito, pericias en diversos ramos, costumbrismo periodístico, narrativa procesada en el molde del folletín, colecciones de epístolas, otras de cuentos concebidos para semanarios pasaron luego al libro y son notable mayoría en el censo de las literaturas del área, aun después del establecimiento en ella de una incipiente industria editorial y con ésta, de los estereotipos que definen al escritor profesional. No quedarían fuera de esta consideración ni siquiera

Facundo, Martín Fierro o la Excursión, los más altos monumentos que dejó su siglo. Tampoco, menos aún, los textos recordables del humorismo local.

Ni Wilde, ni "Fray Mocho", Vedia o Escardó redactaron los suyos con la mira puesta en el lector de libros. Difícilmente lo hiciera alguno de los humoristas que Juan Cicco incluye en su excelente antología del género¹. La regla fue que escribiesen para hojas más o menos efímeras de variada periodicidad, en las cuales al lápiz del dibujante satírico solían caber responsabilidades similares a las cubiertas por la tipografía.

La profunda transformación sufrida por el periodismo como consecuencia de la Revolución industrial, favoreció nuevos modos de expresión: el humorismo periodístico —el típico de las letras rioplatenses— fue uno de ellos. Casuales e inestables volúmenes, por veces de edición póstuma, trasvasaron al libro lo que ya se olvidaba en la hoja periódica.

Con la llegada de la radiofonía, los horizontes del periodismo, y los del humorismo periodístico, se ensancharon. Una nueva técnica siempre supone un período de busca expresiva, de tanteos a veces desafortunados, de contradicciones.

Así ocurrió con las artes del espectáculo; pasar del teatro al cine mudo, de éste al sonoro, de éste a la televisión, supuso en cada caso larga espera antes de hallarse las líneas básicas de una nueva estética que ajustase a las condiciones del nuevo medio expresivo.

La radiofonía, que incluye en su fluir elementos del periodismo formal, y otros, parateatrales, sufrió largamente aquella espera, que quizá no esté aún concluida. Órgano social y forma artística, la radio debió atender a un auditor masivo cuyo promedio cultural e inteligente no alcanzaba al del lector ingenuo o del espectador, en el teatro. Durante largo período pre-

¹ Veinte cuentos humorísticos argentinos. Selección, prólogo y notas de Juan Cicco (Buenos Aires: Librería Huemul, 1972).

dominó en ella lo sensorial. El melodrama fue servido antes que el drama, y la risa halló su cauce a través de expresiones que mucho tenían que ver con las que poblaban escenarios antes del nacimiento de la comedia.

Fruto de madurez fue la aparición del humor en el territorio de la risa. Así, al menos, en la radiofonía del Río de la Plata.

Durante su breve vida, Arthur Núñez García fue un profesional del periodismo, un hombre de radio, y el actor de sus propios monólogos. Sus textos, con tendencia al ensayo cuando no a la poesía, mostraron rica información cultural, cálida humanidad, compromiso antropológico; y una provincia de su obra exploró con intensidad las posibilidades de un personal costumbrismo. Con mejor perspectiva que en su tiempo y disipados ciertos prejuicios, no es arriesgado decir que este escritor emparenta con los maestros del humorismo local, algunos de cuyos nombres acaban de ser recordados.

Arthur nació en Montevideo, en casa rica, de padre uruguayo y madre argentina, el 12 de agosto de 1906. Sus abuelos unitarios pelearon junto a Urquiza en Caseros; sus abuelos federales sitiaron a Montevideo a las órdenes de Oribe. Profundas y contradictorias eran las raíces de Arthur, en ambas orillas del río.

La forma inglesa de su nombre responde a la tendencia uruguaya, bastante común, de dar nombres extraños al español. Sus dos patronímicos declaran la estirpe española, así como lo hacía su tipo biológico.

Hasta los seis años vivió ya en la casa ancestral montevideana, ya en las estancias que su padre poseía en el Uruguay. En 1912, tras un divorcio, el muchachito pasó a vivir con su madre en el tradicional barrio de Belgrano, en la capital argentina, en una casa de la calle O'Higgins a la altura de Zavalía. En la escuela Casto Munita, frente a la plaza que lleva el nombre del general, hizo sus estudios elementales. Fue, según hay memoria, de ese tipo precoz y autodidáctico cuyo despejo mental da asombro a los maes-

tros, y cuya suficiencia mental apabulla a los otros chiquillos. Pese a ello no optó por el renombrado Colegio de la Universidad para cursar su bachillerato; inscribióse en uno más modesto, el "Mariano Moreno", y buena parte de sus estudios la hizo como alumno libre, lo cual para la época era una prueba de suficiencia que, una vez conseguido el diploma, certificaba la posesión de no vulgares dotes intelectuales.

Rico de una gran disponibilidad de tiempo, Arthur durante esos años practicó largamente *ce vice impuni*, la lectura; autodidáctico y ecléctico, consumió notable cantidad de volúmenes que, según la memoria de quienes le rodearon, eran leídos y metabolizados con notable rapidez². Una de sus inclinaciones fue hacia los clásicos españoles, y en particular hacia Cervantes; extensos tramos del Romancero del Cid y del Quijote aprendidos de memoria, fueron guardados por ella hasta la edad adulta. Tales frecuentaciones traslucen en los procedimientos de su estilo. Es sabido que la práctica de la lectura suele traer consigo la tentación de la escritura. Porque un vicio acarrea el siguiente, y porque todo escribir involucra de alguna manera un cierto re-escribir.

Un modesto periódico de Belgrano, El Heraldó, supo publicar "Cábala", primer artículo de Arthur; éste sólo tenía catorce años³. "Cábala" glosó con ironía ciertas supersticiones populares, y tras sus líneas ya andaban los temas del futuro escritor.

Por desdicha, en aquellos tiempos los cursos de la Facultad de Filosofía y Letras rara vez atraían a los varones jóvenes: éstos, aun los de vocación literaria, favorecían a la Facultad de Derecho y a la de Medicina. Si se tenía dinero, Derecho solía ser la elegida. Así sucedió con Arthur. Fue en Derecho un alumno brillante, como lo había sido en los niveles previos a la Universidad. Sin embargo, ya avanzado

² Información suministrada por la viuda del escritor.

³ Casos de precocidad no son raros en la literatura y el periodismo rioplatenses.

en la carrera, cayó en una crisis existencial a la que no fueron ajenas lecturas de su compatriota Horacio Quiroga. Tras las huellas de éste, Arthur interrumpió abruptamente los estudios y embarcó para Resistencia, capital del entonces territorio nacional del Chaco. Allí trabajó en las algodoneras, como peón: durante un año tajó árboles, hachó leña, se curtió al sol. Su masoquismo romántico, quizá rebeldía generacional, aflojó algo y del monte pasó a un escritorio en una oficina local de la Dirección de Tierras y Colonias, por un sueldo de ciento ochenta pesos al mes. Más tarde, su madre consiguió que volviese a Buenos Aires, pero el joven rebelde quedó allí muy poco tiempo. Ya convencido de que no ajustaba con la profesión cuyos estudios iniciara, y persuadido de que hallaría su identidad en el medio rural, al que amaba en su gente, su paisaje y sus costumbres, pasó a vivir en una estancia de su padre, en Guaviyú de Arapey, Salto Oriental. Tal como Güiraldes en "La Porteña", este escritor en perspectiva vivió con su cuerpo la disciplina severa de las faenas rurales, se ejercitó y probó en todas ellas⁴. La frecuentación y diálogo con los paisanos, el compartir con ellos rutinas y peripecias, enseñaron a Arthur sus lenguajes, le introdujeron en sus vidas, lo hicieron partícipe de sus gustos y rituales. En ese medio encontró la materia viva con que nutriría una amplia parcela de sus futuros escritos, los casticismos y arcaísmos que engazaría en su estilo, vivientes en las bocas de los campesinos; y la sustancia que moldearía los relatos de su personaje distintivo, el viejo Varela.

Pero en ese mundo de iniciación también estaba el padre, un padre criollo de antigua estirpe, trato severo y carácter difícil. Ese terrateniente autoritario connatural a un país ganadero cuyas áreas rurales en muchos sentidos continuaban los estilos de vida e instituciones recibidos de la época colonial.

⁴ Son los años de mayor auge de Güiraldes, Reyles, Lynch; Borges y Erro viven en plena etapa criollista.

Arthur, al reinscribirse en ese medio, poseedor de otras experiencias y consciente de ideologías y valores más de acuerdo con el tiempo, dio trato democrático a sus peones, ayudó a su instrucción, cooperó en las faenas, se preocupó por mejorar viviendas. Este estilo no fue bien recibido por el viejo señor, y surgieron signos de tensión. Al crecer ésta, el muchacho decidió marcharse a la capital, Montevideo, e instalarse allí. Se cerraba para él la etapa campesina, de relente romántico; el periodismo sería, a partir de entonces, su meta.

Ahora estaba ante sí la ciudad, una ciudad intensa pero a la medida del hombre, no una cosmópolis y decidió vivirla en su médula, con la pasión del periodista. Primero fue cronista policial en El Imparcial, y ese tipo de crónica le hizo penetrar en zonas íntimas y dolorosas de la sociedad urbana, replantear con más ardientes datos su imagen del hombre, tender a un recatado humanismo, no exento de ironía. Lo mismo estaba sucediendo por esos mismos años en la otra orilla con Roberto Arlt.

La pasión del lector no se aminoró por los trajines del periodista. Cuando éste tiene buenas dotes, suele leer con voracidad, como respuesta a la inestabilidad de sus intereses profesionales, a la carencia de esas seguridades intelectuales que paga la especialización. Arthur leía en la redacción y fuera de ella, principalmente literatura de imaginación, antropología, psicología experimental, neurobiología. Sus crónicas pronto siguieron las huellas de los maestros franceses del fait divers: creó un estilo, comenzó a saborear la especiería literaria en su escritura. Humor y sensibilidad hubo entre las líneas de aquel cronista; supo descubrir la veta irónica de sucesos graves. El humorista por venir, poseído de ese "espíritu filosófico" de que habló Ortega, ardía en la llamita de sus breves notas⁵. Incluso su modesto menester le inspiró un

⁵ Lo mismo hizo otro uruguayo, Augusto Mario Delfino, con la crónica deportiva.

libro, Editoriales de la mejor crónica policial del mundo⁶, que se imprimió el mismo año, 1935, en que comenzó a escribir en *El Plata*, diario montevideano dirigido por Juan Andrés Ramírez. Por Ramírez sintió esa emulativa admiración que suele florecer entre periodistas de raza de generaciones distintas que trabajan bajo un mismo techo; en su diario, y gracias a su apoyo, tuvo una sección propia. Bajo el lema "Vea, amigo" exployó con variada información reflexiones y comentarios sobre personas y sucesos, en tono sonriente y con dosificada originalidad. También en aquel año fue que conoció a Raquel; y le dijo: "Tu nombre tiene resonancias de caracol marino; te llamaré Caracol".

A Radio Carve ingresó en 1936, sin dejar su trabajo en el diario⁷; desde entonces, la radio y el periódico fueron para él como las dos caras de una misma medalla. En esos días, adoptó el seudónimo con que llegó a la fama.

Como periodista entrevistaba a escritores, famosos para la hora, que hacían alto en el Uruguay: entre ellos Duhamel, Alvaro de Figueiredo, Marañón, Ludwig, Stefan Zweig, Eugenio D'Ors; y esos contactos enriquecieron a un futuro escritor en proceso de maduración.

El viejo estanciero criollo, su padre, murió en 1938, dejándole en herencia considerable fortuna⁸. En 1939, casó con Caracol. Pese a que nunca salió de la proximidad de los grandes ríos, el Plata y sus afluentes, Arthur era un empeñoso viajero. Hombre de ambas orillas, fatigó al que entonces solía llamarse Vapor de la Carrera, con sus continuos viajes a Buenos Aires, donde estaban su madre, los parientes de ésta, sus numerosos amigos de infancia y juventud. Un día

⁶ No ha sido visto.

⁷ Durante cierto tiempo, tuvo luego responsabilidades directivas, en Radio Oriental.

⁸ Un testamento ológrafo vulneró parte de sus derechos como único heredero legítimo. Pese a su invalidez legal, decidió que, siendo de puño y letra de su padre, debía ser respetado.

de 1940 no usó ya el billete de vuelta, y quedó a trabajar en el vespertino Noticias Gráficas, repitiendo con ello una historia ya vivida por Sánchez, Quiroga, Jiménez Pastor, Delfino y tantos otros escritores nacidos en el Uruguay. Concentrados en la ciudad argentina los más eficaces medios del poder editorial, y radiofónico, era sensato radicarse allí cuando se estaba en el ascenso de una carrera literaria exitosa.

Llegó a Noticias Gráficas para redactar una sección propia, "La taza de tilo"; poco después otro tabloid, recién fundado, el diario Clarín, le abrió una ventana de papel para su serie "Los cuentos del viejo Varela". Ambos diarios contaban con un interesante grupo de escritores entre su personal de redacción. "Wimpi" no tardó en verse invitado por semanarios y emisoras porteñas, rico en popularidad y dueño de un público propio. Ocurría con él lo que ocurrió con "Fray Mocho" luego de la fundación de Caras y caretas.

Una nueva posibilidad surgió para "Wimpi" cuando se le pidió escribiera libretos para que los dijese por radio un joven uruguayo, Juan Carlos Mareco, estudiante de Derecho que se había hecho notar por su talento para la imitación oral. A su medida fue creado un personaje, "Pinocho", que dio éxito y seudónimo al novel actor. Gepetto, el fabricante de muñecos imaginado por Collodi, acababa según "Wimpi" de robar el alma a una calandria, para infundirla en su Pinocho; era comprensible pues que si imitar a los otros pájaros es arte de la calandria, fuese el de Pinocho imitar a los otros humanos... entre ellos al viejo Varela, el narrador de cuentos de Clarín, cuyos "casos" ya andaban impresos en libro. Tras las huellas de su libretista, Mareco pasó a trabajar en Buenos Aires; su éxito hizo que "Wimpi" fuera requerido por otros distinguidos actores cómicos, y entonces escribió para Enrique Serrano, "el Zorro" Pepe Iglesias, Ubaldo Martínez, Mario Fortuna, Esteban Serrador...⁹ Su fama de escritor popular estaba en auge

⁹ También escribió para Lola Membrives y María Félix, entre otras actrices.

a ambos costados del río; emisoras y periódicos argentinos y uruguayos difundían sus textos, y él los proveía con asombrosa prodigalidad. A fines de la década del 40, su charla "Ventana a la calle" dicha por él mismo a través de Radio El Mundo, de Buenos Aires, consolidó su prestigio, a la vez que definió con mayor precisión el sentido de su actividad como escritor.

Los mejores de sus textos ya se coleccionaban en volúmenes, lo que era indicación clara de a qué provincia del espíritu su autor creía pertenecer. En 1947 se imprimieron en Montevideo Los cuentos de Claudio Machín, hoy inhallables; a este tomo siguieron, en ediciones argentinas, con numerosas reimpressiones El gusano loco, Ventana a la calle, Viaje alrededor del sofá, La taza de tilo, Cartas de animales, La risa. Todos bajo la firma de "Wimpi".

Arthur Núñez García murió a los cincuenta años de edad, el 9 de setiembre de 1956, víctima de un accidente cardíaco. Sus libros fueron impresos regularmente hasta hoy, pero quizás ahora les corresponda una audiencia más sofisticada que aquella que agotara sus primeras ediciones. Arthur Núñez García fue un escritor, y "Wimpi" es el nombre de su leyenda y de su mito¹⁰.

Misión del humorista

Alcancé a conocer a Núñez García en sus últimos años. Creo que fue Augusto Mario Delfino quien nos presentó. Cuando con el dibujante Luis J. Medrano preparamos la salida de la revista Popurrí que éste dirigiera, se acordó incluir en el primer número¹¹

¹⁰ Lo comprendió así el diario *El País*, de Montevideo, cuando, póstumamente, publicó una sección fija de periodicidad semanal destinada a hacer antología de los textos —éditos e inéditos— del notable humorista uruguayo.

¹¹ N° 1 (1955), pp. 4-5.

La revista contó entre sus redactores a Augusto Mario Delfino, Marcelo Menasché, Rodolfo Cárdenas Behety,